



NEXOS y
DIFERENCIAS

The great Will/El gran legado

Pre-textos y comienzos literarios
en América Latina y el Caribe



Florencia Bonfiglio

I Premio de Ensayo Hispánico Klaus D. Vervuert

THE GREAT WILL/EL GRAN LEGADO

**Pre-textos y comienzos literarios en
América Latina y el Caribe**

FLORENCIA BONFIGLIO



Nexos y Diferencias

Estudios de la Cultura de América Latina

62

Enfrentada a los desafíos de la globalización y a los acelerados procesos de transformación de sus sociedades, pero con una creativa capacidad de asimilación, sincretismo y mestizaje de la que sus múltiples expresiones artísticas son su mejor prueba, los estudios culturales sobre América Latina necesitan de renovadas aproximaciones críticas. Una renovación capaz de superar las tradicionales dicotomías con que se representan los paradigmas del continente: civilización-barbarie, campo-ciudad, centro-periferia y las más recientes que oponen norte-sur y el discurso hegemónico al subordinado.

La realidad cultural latinoamericana más compleja, polimorfa, integrada por identidades múltiples en constante mutación e inevitablemente abiertas a los nuevos imaginarios planetarios y a los procesos interculturales que conllevan, invita a proponer nuevos espacios de mediación crítica. Espacios de mediación que, sin olvidar los nexos que histórica y culturalmente han unido las naciones entre sí, tengan en cuenta la diversidad que las diferencian y las que existen en el propio seno de sus sociedades multiculturales y de sus originales reductos identitarios, no siempre debidamente reconocidos y protegidos.

La Colección Nexos y Diferencias se propone, a través de la publicación de estudios sobre los aspectos más polémicos y apasionantes de este ineludible debate, contribuir a la apertura de nuevas fronteras críticas en el campo de los estudios culturales latinoamericanos.

Directores

Marco Thomas Bosshard (Europa-Universität Flensburg)
Luis Duno Gottberg (Rice University, Houston)
Oswaldo Estrada (The University of North Carolina at Chapel Hill)
Margo Glantz (Universidad Nacional Autónoma de México)
Beatriz González Stephan (Rice University, Houston)
Gustavo Guerrero (Université de Cergy-Pontoise)
Jesús Martín-Barbero (Bogotá)
Andrea Pagni (Friedrich-Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg)
Mary Louise Pratt (New York University)
Patricia Saldarriaga (Middlebury College)
Friedhelm Schmidt-Welle (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)

THE GREAT WILL/ EL GRAN LEGADO

Pre-textos y comienzos literarios en América Latina y el Caribe

FLORENCIA BONFIGLIO

I Premio de Ensayo Hispánico Klaus D. Vervuert

Nexos y Diferencias



IBEROAMERICANA • VERVUERT • 2020

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

© Iberoamericana, 2020
Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2020
Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-121-9 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-96869-044-5 (Vervuert)
ISBN 978-3-96869-045-2 (e-book)

Depósito legal: M-12780-2020

Diseño de cubierta: Rubén Salgueiros

Diseño de interiores: ERAI Producción Gráfica

Obra ganadora del I Premio de Ensayo Hispánico Klaus D. Vervuert

El día 15 de noviembre de 2019, el jurado presidido por Esperanza López-Parada (Universidad Complutense de Madrid), como coordinadora del premio, e integrado por Evangelina Soltero (Universidad Complutense de Madrid); Pura Fernández (Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid); Peter Birle (Instituto Ibero-Americano de Berlín); Susanne Zepp (Asociación Alemana de Hispanistas, AAH/DHV); Gloria Chicote (Asociación Internacional de Hispanistas, AIH); y Ernesto Pérez Zúñiga (Instituto Cervantes), concedió el I Premio de Ensayo Hispánico Klaus D. Vervuert a *The Great Will/El gran legado. Pre-textos y comienzos literarios en América Latina y el Caribe*, de Florencia Bonfiglio.

Participaron en las deliberaciones, asimismo, con voz, pero sin voto, Ruth Vervuert y Beatrice Vervuert, directoras de la Editorial Iberoamericana Vervuert, y Anne Wigger, de la misma editorial, como secretaria de actas.

A Hernán, Celina y Victoria, mi reliance

Agradecimientos

Este ensayo, cuya extensa versión previa constituyó mi tesis doctoral, defendida en el año 2012 en la Universidad de Buenos Aires, se originó en la lectura de *Inglaterra. Una fábula* de Leopoldo Brizuela, amigo y compañero de Letras en la Universidad Nacional de La Plata en los años 90. Aunque mi aproximación a *Inglaterra* es desarrollada al final, la novela fue la puerta de entrada a la larga cadena textual que el ensayo recorre, y guió la perspectiva general de lectura desde un principio. Mientras el manuscrito final era redactado en mayo del 2019, Leopoldo dejó injustamente este mundo, aunque seguramente para encontrarse con sus tres amadas brujas en otra tempestad. A su memoria va dedicado este libro, y de allí su título, como reconocimiento por los diálogos compartidos, los datos y materiales facilitados y su generosidad inmensa. Sus ocurrencias geniales, y especialmente su humor, se van a extrañar siempre.

Agradezco a los miembros del jurado y a la editorial Iberoamericana Vervuert por el otorgamiento del Premio de Ensayo Hispánico Klaus D. Vervuert que permitió la publicación de este libro y por la cuidada edición del manuscrito. Asimismo, aprovecho para agradecer al Servicio de Intercambio Académico Alemán (DAAD) y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por el otorgamiento de sendas becas doctorales que

apoyaron, en su momento, el desarrollo de la investigación previa a esta versión.

Mi tesis doctoral, a su vez, no hubiera sido posible sin el acompañamiento de mi director, Enrique Foffani. A él le agradezco su guía constante durante mis años de formación como docente y como investigadora. Ha sido para mí, como tantas veces bromeé, un verdadero ‘padre doctoral’: mi *Doktorvater*, tal la denominación en alemán.

También debo agradecer a los colegas de la red Katatay de la que formo parte, y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, por los intercambios en diversas instancias a lo largo del tiempo, particularmente, a Francisco Aiello por sus lecturas y a demás amigos y amigas que me han acercado bibliografía o contribuido de alguna forma con la investigación: Maximiliano Linares, Mariela Blanco, Bernardo Massoia, Alejo López, Alejandra Mailhe, Adriana González Mateos, Julia Gramberg, Victoria Rodrigues, Guillermo Siles, Enzo Gazzaniga, Cecilia Gargiulo, Melina Gardella, Lorena De Paola, Nair Mazzenzio, Evelyn Hafter, Cecilia Dellagiovanna, Natalia Corbellini, Verónica Delgado, Teresa Basile.

A Julia Tamasi, por lograr que el manuscrito llegara a Madrid.

A mis padres, por el amor por los libros.

Y, por supuesto, a Hernán, por leerme y por estar siempre.

Índice

Introducción

Apropiaciones y religaciones: *La tempestad* en la literatura latinoamericana y caribeña
Algunos principios de la literatura latinoamericana: *La tempestad* como *pre-texto*

Parte I. Comienzos hispanoamericanos en el fin del siglo XIX

1. Paul Groussac y la angustia de las influencias en el Río de la Plata
 - 1.1. Cómo comenzar *en zaga de tantos otros*: Paul Groussac y *La tempestad*
 - 1.2. Los principios de una literatura latinoamericana: Rubén Darío ante el arbitrio de Groussac
 - 1.3. Ojos imperiales *Del Plata al Niágara*: el viaje argentino-latino de Paul Groussac
 - 1.4. Groussac y el 98: “Por España”, por Francia y contra los advenedizos de la historia
2. *La tempestad* modernista (Darío y Rodó): un *pre-texto* para la religación latinoamericana
 - 2.1. “El triunfo de Calibán” y las redes del Modernismo
 - 2.2. En torno de *Prosas profanas*: la crítica americanista de José Enrique Rodó

- 2.3. Las afiliaciones de *Ariel*: una lección a la *juventud* de América
- 2.4. El magisterio latinoamericanista: Ruben Darío responde a Rodó

Intermedio. Travesías antillanas

- 3. *Tempestades* en el Caribe anglófono y francófono: ¿cómo comenzar?
 - 3.1. Apropiaciones de Shakespeare en el Caribe inglés: *Los placeres* de George Lamming
 - 3.2. *La tempestad* bajo el signo de la *apofrades*
 - 3.3. Una reescritura, varios *pre-textos*: los nuevos comienzos de Aimé Césaire
 - 3.4. Descolonización y religación en *Una tempestad*

Parte II. Los nuevos comienzos latinoamericanos: de los 60/70 al nuevo fin de siglo

- 4. Calibán y la Revolución cubana: límites y fronteras del latinoamericanismo
 - 4.1. Religaciones y redes del latinoamericanismo: Fernández Retamar en la revista *Casa de las Américas*
 - 4.2. Lecturas y relecturas desde el latinoamericanismo revolucionario
 - 4.3. *Calibán* en la trama de nuestra América (y en el drama intelectual de la Revolución)
- 5. Calibán, Ariel y los grandes legados: entre la derrota y la resistencia
 - 5.1. *Calibán* revisitado o los retornos de Ariel: los nuevos comienzos de Fernández Retamar
 - 5.2. De la utopía a la intemperie: “El destierro de Calibán” de Iván de la Nuez

5.3.Hugo Achugar y el balbuceo teórico latinoamericano:
Ariel y Calibán en la memoria local

5.4.Shakespeare en Patagonia: *Inglaterra, una fábula* de
Leopoldo Brizuela

6.La (re)escritura como encadenamiento: a modo de
conclusión

Bibliografía

Índice onomástico

Miranda:

O, wonder!

How many goodly creatures are there here!

How beauteous mankind is! O brave new world,

That has such people in't!

Prospero:

'Tis new to thee.

(William Shakespeare, *The Tempest*, act 5, scene 1)

Introducción

Apropiaciones y religaciones: *La tempestad* en la literatura latinoamericana y caribeña

La tempestad no es un drama para ser leído o visto o estudiado, sino para ser poseído.

(Northrop Frye, introducción a *The Tempest*, 1959)

Si en la historia literaria comenzar, como piensa Edward Said en *Beginnings* (1975), es producir diferencia, *La tempestad* (1611) de Shakespeare constituye, sin duda, un texto de *comienzos* para la literatura latinoamericana y caribeña. Su recepción, desde fines del siglo XIX en Hispanoamérica y desde mediados del siglo XX en el Caribe, ha suscitado múltiples asimilaciones críticas, variados desvíos creativos. Su trama, oponiendo la legitimidad de los orígenes —las leyes de la filiación— a aquella de los tiempos seculares —hechos de afiliaciones y alianzas estratégicas—, se brinda a los apoderamientos, pues, aunque toda reescritura, como toda interpretación, constituye una *apropiación*, en el caso de *La tempestad*, según han destacado Hulme y Sherman, la aplicación del término es por demás oportuna: el drama propicia robos y usurpaciones (2000: xiii). Y, si bien todo texto —como todo legado— está sometido a la voluntad (*will*) de sus herederos, en este drama de Will (apodo del Bardo), quizá sea el conflicto de la apropiación, figurado de modo

magistral a través del personaje *ilegítimo* de Calibán, el que invite a deliberadas reescrituras en contextos culturales como los latinoamericanos y caribeños. En estos, la urgencia por comenzar —en el sentido de inaugurar un nuevo orden de sentido respecto de toda escritura previa— ha sido proporcional a la dominación cultural sufrida bajo aquellas otras literaturas que, como argumenta Said, se han pensado más *desarrolladas* por haber comenzado con anterioridad.

*

Estimulados por la trascendencia de ciertos textos fundamentales como *Une Tempête* (1969), del martiniqués Aimé Césaire, o *Calibán* (1971), del cubano Roberto Fernández Retamar, varios estudiosos en las últimas décadas han abordado las apropiaciones latinoamericanas y caribeñas de Calibán, lo cual confirma el persistente interés en la figura shakespeariana.¹ La recurrencia del personaje en la historia literaria y cultural ha llevado incluso a algunos a proponer una nueva disciplina: la *calibanología* (Lie y D’haen 1997: i), o, en el caso particular de Latinoamérica y el Caribe, a sugerir, como lo hace José Saldívar, la existencia de una escuela de Calibán: “un grupo de escritores, académicos y profesores de literatura comprometidos que trabajan bajo una influencia política común, un grupo cuyas diferentes comunidades nacionales (imaginadas) y simbologías se enlazan por su derivación de una lectura común y explosiva del último (pastoral y tragicómico) drama de Shakespeare, *La tempestad*” (1991: 123).²

Saldívar dedica un capítulo de su *The Dialectics of Our America* (1991) a las reescrituras del barbadense George Lamming, del martiniqués Césaire y del cubano Fernández Retamar, leídas, junto con otros textos chicanos y afroestadounidenses de los años 70 y 80, como obras poscoloniales, de resistencia *calibánica*. Deudora, en líneas

generales, de la perspectiva del propio Fernández Retamar en su ensayo *Calibán*, donde las figuras de *La tempestad* devienen *conceptos-metáforas* de “Nuestra América” — según la fórmula antiimperialista de José Martí—, la crítica, en efecto, ha aportado interpretaciones en clave identitaria, según las cuales los personajes resultan símbolos, alegorías, sinécdoques de identidades nacionales o continentales. Para confirmar la fortaleza de la apropiación cubana, la caracterización de Calibán como el colonizado, de Próspero como el colonizador y de Ariel como el intelectual bajo los efectos de la condición colonial (la cual llevara a Fernández Retamar, por su parte, a leer de forma desviada el ensayo *Ariel* de José Enrique Rodó) ha sido suscripta por la mayoría de los estudios dedicados a las reescrituras latinoamericanas y caribeñas del drama. En las últimas décadas, con el impulso de referencias más bien marginales de intelectuales prestigiosos como Gayatri Chakravorty Spivak (1991) y Edward Said (1996), y desde paradigmas poscolonialistas, feministas y subalternos, no solo los acercamientos a las figuraciones modernistas elaboradas en el Río de la Plata a fines del siglo XIX (de Paul Groussac a Rubén Darío y José Enrique Rodó) han estado mediados por el *misreading* anticolonialista de Fernández Retamar, sino que el conjunto de las apropiaciones latinoamericanas y caribeñas ha sido comprendido en dos grandes bloques: reescrituras coloniales y anticoloniales de *La tempestad*.

Tal ha sido, también, la perspectiva de Carlos Jáuregui en su ensayo *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina* (2005), el cual aborda las figuraciones de Calibán en tanto articulaciones del caníbal, un tropo central al archivo colonial de metáforas identitarias, como ya Peter Hulme, en el capítulo “Prospero and Caliban”, de *Colonial Encounters* (1986), argumentara. Hulme, además, reafirmaba allí un cambio de paradigma en los estudios shakespearianos. Las interpretaciones poscoloniales de *La tempestad* habían sido inauguradas en

1976 con el capital ensayo de Stephen Greenblatt “Learning to Curse”, desde el llamado nuevo historicismo, una tendencia que, al subrayar la importancia del archivo colonial en Shakespeare, se intersectaría con estudios como los de Hulme y con las reescrituras del “Tercer Mundo” para dominar la disciplina, recibiendo reacciones como las de Harold Bloom. (Bloom, como sabemos, no se cansó de lamentar el advenimiento de “la era de Calibán” (1992: 1), cuestionando tanto las lecturas poscoloniales de *La tempestad* como las feministas, todas ellas motivadas por lo que de modo provocador denominó “la Escuela del Resentimiento”).

A excepción de cierto interés en el problema de la traducción cultural y la reescritura, manifiesto en la “Constelación Calibán”, de Lie y D’haen (1997), y en Hulme (2000) —quien señala en *Los placeres del exilio* de Lamming el cuestionamiento a la recepción hegemónica de *La tempestad* y la legitimidad de la versión antillana—, la crítica ha soslayado mayormente el fenómeno particular de la *apropiación* de Shakespeare:³ la ansiedad de influencias que genera continuas lecturas impropias, la recurrente revisión de un mismo texto del canon occidental como acto voluntario llevado a cabo en diversas regiones/ naciones y lenguas, y, en especial, el carácter religador de *La tempestad* en su funcionamiento autónomo periférico.

Al inicio del siglo XXI existen aún, por un lado, aquellos críticos atentos a la representatividad de las figuraciones latinoamericanas y caribeñas —la presunta identidad regional hipostasiada en un sujeto *arielista*, relevado por un más democrático, aunque siempre falaz, Calibán—, quienes observan la caducidad de los “personajes conceptuales” (en la formulación de Fernández Retamar) y, en sintonía con el feminismo, los estudios culturales y subalternos, la crisis de la figura androcéntrica de Calibán como modelo emancipatorio. En “Adiós a Calibán” (1993), de hecho, el

propio Fernández Retamar revisaba ya su homogeneizador “concepto-metáfora” de Calibán, una figura que, para críticos como Jáuregui, entre otros, devino demodé en medio de la desilusión de la izquierda, el antiesencialismo posmoderno, las críticas del feminismo y la fractura de las metanarrativas luego de la caída del Muro de Berlín.

Por otro lado, sin embargo, las *tempestades* latinoamericanas y caribeñas (una serie ciertamente amplia —y heterogénea—, en parte historiada por los sucesivos ensayos de Fernández Retamar) continuaron promoviendo discusiones y debates, no solo en torno de la cuestión identitaria (regional o continental, étnica o racial, sexual o genérica), sino también respecto de variados fenómenos: por supuesto, el imperialismo, la modernidad, la modernización, pero también la posmodernidad, el neocolonialismo, la globalización, el neoliberalismo, el poscomunismo, las nuevas izquierdas, como veremos, hacia el final de nuestro recorrido, en los persistentes retornos de *La tempestad* del último cambio de siglo: en los ensayos del propio Fernández Retamar, en aquellos del también cubano Iván de la Nuez (1997, 1998, 1999), en aquellos del uruguayo Hugo Achugar (2000, 2004) y en la originalísima novela *Inglaterra* (1999), del argentino Leopoldo Brizuela.

Desde la singular vinculación de las figuraciones hispanoamericanas de Paul Groussac, Rubén Darío y José Enrique Rodó de fines del XIX con las reescrituras anticoloniales caribeñas por parte de Fernández Retamar, cada escritor que se ha apropiado creativamente de *La tempestad* ha sido, en efecto, consciente de su contribución a una cadena textual que se extiende desde el Río de la Plata hasta el Caribe y Norteamérica. Si algo manifiesta la revisión sistemática de las figuras a través del tiempo es el potencial de sus asimilaciones transatlánticas, en un proceso de creciente autonomización en el cual el desvío del modelo y la religación con las apropiaciones previas (el establecimiento de redes intelectuales, las afiliaciones con

ciertas tradiciones) se vuelven deliberados. Desde tal perspectiva, puede pensarse que el problema de la identidad deviene uno de los núcleos de resemantización (entre otros) en el proceso de asimilación de los modelos metropolitanos. En este encuentro —o litigio—, la configuración de un imaginario propio y la meditación sobre los *comienzos* resultan cada vez más autoconscientes y, por lo tanto, pertinentes para observar la posible articulación de la literatura latinoamericana con los procesos caribeños, cuyos modos de funcionamiento y mecanismos de legitimación y elaboración de los imaginarios sociales han sido —no por azar— objeto de una reflexión afín y convergente, como veremos, por parte de los mismos creadores literarios.

Algunos principios de la literatura latinoamericana: *La tempestad* como *pre-texto*

Existe consenso en la teoría y la crítica latinoamericanas respecto de la asimilación y el desvío de los modelos foráneos como marcas características de las literaturas de la región. En un libro clave para la historiografía literaria, *La literatura latinoamericana como proceso* —resultado del encuentro de latinoamericanistas en Campinas (Brasil), en 1983—, los investigadores proponían el abandono de la categoría de influencia (que dominaba el modo de conceptualizar las relaciones literarias reduciéndolas a las de modelo-copia) para favorecer la noción abiertamente ideológica de “*formas de apropiación* que un continente de formación económica dependiente genera en su recepción de las literaturas metropolitanas” (Pizarro 1985: 57, énfasis mío). Lo crucial, en literaturas nacidas en condiciones de dependencia, resultaba ser la deformación, la carnavalización de los modelos, los sentidos impropios, los cuales venían siendo teorizados, entre otros, por Roberto

Schwarz (“Las ideas fuera de lugar”, 1973) bajo la noción de *descentramiento*. Para el comparatismo latinoamericano, la aproximación intertextual desembocaba en la observación de la “asimilación creadora de elementos”, la “antropofagia cultural” (Pizarro 1985: 59), operaciones que subrayaban, claro está, su afán descolonizador. De modo similar, también Ángel Rama, en *Transculturación narrativa en América Latina* (1982), destacaba la misma apropiación de Fernando Ortiz del término *acculturation* en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), ya que su remplazo por *transculturación* traducía, según el uruguayo, “un perspectivismo latinoamericano, incluso en lo que puede tener de incorrecta interpretación”, al revelar la “resistencia a considerar la cultura propia, tradicional, que recibe el impacto externo que habrá de modificarla, como una entidad meramente pasiva, inferior, destinada a las mayores pérdidas, sin ninguna clase de respuesta creadora” (Rama 1987: 33).

Hipótesis como las de Rama, en efecto, eran deudoras menos de los modelos comparatistas metropolitanos de esos años que de una tradición crítica propia, la cual desde el inicio afirmaba el *perspectivismo latinoamericano*: la lectura del Modernismo de fines de siglo XIX como el primer movimiento hispanoamericano que alcanza su “independencia involuntaria” a partir de una apropiación creativa de los modelos centrales había sido establecida por los maestros de la generación de Rama: Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Es muy probable que el mexicano, a su vez, elaborara su noción de *equivocación fecunda*⁴ a la luz de la reflexión de Paul Valéry sobre el “malentendido creador”. En su “Discurso” para el congreso del Pen Club (1925) —del que Reyes participó—, Valéry se refería a la dificultad de captar, aun superando las barreras lingüísticas, el sentido profundo de las obras extranjeras, para luego afirmar la *fecundidad* del fenómeno cuando

[el] *malentendido creador actúa, y se convierte en un engendrar ilimitado de valores imprevistos* [...]. Nuestro Shakespeare no es el de los ingleses; e incluso el Shakespeare de Voltaire no es el de Victor Hugo... Hay veinte Shakespeare en el mundo que multiplican al Shakespeare inicial, que desarrollan tesoros de gloria inesperados. (Valéry 1998: 133)

En años posteriores, ni Robert Escarpit, con su noción de *trahison créatrice* (1958), ni Harold Bloom, con su *creative misreading* (1973), explicitarán su deuda con el *malentendu créateur* de Valéry —a diferencia, cabe destacar, de Said en *Beginnings*—, aunque las semejanzas en la terminología que utilizan son harto llamativas. (El modo en que Valéry describe el “gran efecto” que puede causar una obra, la imagen de una fuerza sobrehumana, desmesurada, que cae sobre el lector, encuentra eco en la apropiación de Bloom del *clinamen* de Lucrecio como el necesario *desvío* que efectúa el poeta para no ser ahogado por la influencia). Pero, más allá de las similitudes, las cuales podrían radicar en ideas convergentes sobre la creación literaria (que afirmarían, de paso, una base universal como aproximación a las literaturas comparadas), es interesante observar que solo el mexicano Reyes deja asentado el aspecto desigual del encuentro entre literaturas extranjeras, al relacionar el desvío o “equivocación fecunda” con la recepción de lo francés por parte de “hijos de Francia brotados en América” (los modernistas), que, aunque declaren su filiación, son *muy diferentes, a pesar suyo*, de sus padres.⁵ Esta relación hace visible un principio establecido en los propios *comienzos* del latinoamericanismo: la postulación de una *diferencia* que, transformada en marca de originalidad, permita superar el secular complejo de inferioridad frente a los modelos externos.

Así, también el brasileño Silviano Santiago, en “El entrelugar del discurso latinoamericano” (1971), leerá a partir de Valéry el “canibalismo” de los escritores latinoamericanos, en una tradición que en su caso tenía un claro antecedente en la Antropofagia paulista de los años

20. La cita de Valéry, “Nada hay más original, nada más intrínseco a *sí* que alimentarse de los otros. Es necesario, sin embargo, digerirlos. El león está hecho de carnero asimilado” en Santiago (2000: 70), hacía de Borges —otro periférico discípulo de Valéry— un modelo ejemplar de escritor latinoamericano, devorador de libros cuyas lecturas “no son nunca inocentes” (2000: 73). (Años más tarde, cuando Umberto Eco, también siguiendo ideas de Valéry, defina en *Lector in fabula* (1979) los “usos libres” que pueden hacerse de una obra, también pensará en Borges).

Críticos literarios y escritores han coincidido en la definición del modo de operación central de la escritura latinoamericana. Y, no por azar, su emblema ha resultado ser, para muchos, el *caníbal* de Shakespeare: de modo significativo, el mismo año en que Fernández Retamar se apropia del “grito extraordinario” que Calibán dirige a Próspero (“Me enseñaste el lenguaje, y de ello obtengo / El saber maldecir. ¡La roja plaga / Caiga sobre ti, por habérmelo enseñado!”), Santiago afirma sobre el escritor latinoamericano: “Es necesario que aprenda primero a hablar la lengua de la metrópolis para inmediatamente combatirla mejor” (2000 [1971]: 72). El mecanismo teorizado por la metrópolis — asimilación/malentendido/traición/desvío del modelo— se propone como un legado propio y descolonizador, explicitado con ironía desfachatada en los Modernismos, en el francés rubendariano —“Qui pourrais-je imiter pour être original?”—, y en el inglés de Oswald de Andrade —“Tupí or not tupí, that is que question”—, una lección cuya fecundidad puede constatarse en las apropiaciones creativas que latinoamericanos y caribeños han efectuado precisamente de *La tempestad*.

La operatoria asimilativa y transculturadora de modelos deviene, así, una forma de autorización para el escritor y una marca de independencia. Frente al curioso pero efectivo desinterés de los modelos teóricos centrales (*autoridades*

como Valéry, Escarpit, Bloom) por los efectos ideológicos de los malentendidos generados en relaciones desiguales, los latinoamericanos y caribeños acentúan la autonomía del funcionamiento de sus sistemas literarios. En el Caribe, las nociones de asimilación, apropiación, criollización, transculturación y mestizaje han ocupado la reflexión de los mismos escritores que han reescrito a Calibán desde una perspectiva descolonizadora: Aimé Césaire, George Lamming, Kamau Brathwaite, Fernández Retamar. En relación con las apropiaciones de *La tempestad* esto resulta insoslayable, pues los escritores pugnan por autorizar sus voces en contextos en que prevalecen paradigmas intelectuales y lecturas ajenas, y sus reescrituras manifiestan un impulso coincidente —podríamos decir, según la fórmula de Said en *Beginnings*: similar voluntad de *comenzar*, acción que *autoriza*—, con diversidad de intenciones y métodos.

A principios de los 60 del siglo pasado, en el contexto de descolonización de las Antillas inglesas, el barbadense George Lamming se apropiaba de modo explícito de *La tempestad* para rechazar en *Los placeres del exilio* la hegemonía de los modelos británicos. Hacia el final de la década, su compatriota Kamau Brathwaite daría voz poética a un Calibán dotado de un lenguaje descolonizador, mientras en las Antillas francesas el padre de la Negritud, Aimé Césaire, ofrecería una reescritura crítica del drama shakespeariano, recusando el monopolio europeo sobre los cánones clásicos y su ideología colonial. Poco después, identificado con el anticolonialismo de esos nuevos Calibanes, Fernández Retamar defendería el perspectivismo de Nuestra América al rebelarse contra quienes —por diversas circunstancias (en *Calibán*, ante las acusaciones de estalinización de Cuba)— consideraban a los latinoamericanos “eco desfigurado de lo que sucede en otra parte” (2006 [1971]: 11). Desde entonces, y de forma ejemplar en los sucesivos retornos de Fernández Retamar a

Calibán, las *asimilaciones creadoras* de *La tempestad* dejan ver no solo la “influencia política común” que enfatiza Saldívar, sino también una voluntad de religación entre los escritores: la lectura mutua (explícita o implícita), afiliaciones simbólicas, el tramado de redes intelectuales. Inscriptas deliberadamente en una tradición intra-/interregional, las apropiaciones devienen estrategias de integración cultural: la reescritura se piensa —máxime en contextos donde el aislamiento se vive como condición del escritor— a la manera de una intervención colectiva, en relación con proyectos supraindividuales: desde el Modernismo antiimperialista en el fin de siglo XIX, pasando por la Negritud césairiana, los movimientos de descolonización en el Caribe anglófono y la Revolución cubana, hasta las utopías aparentemente perdidas luego de 1989.

En este sentido, y continuando las propuestas de críticos como Ángel Rama y Antonio Cândido en *La literatura latinoamericana como proceso*, es que cabe pensar la literatura latinoamericana y caribeña como un *tramado* de interrelaciones y “modos de religación de aspectos culturales” entre áreas distantes con un funcionamiento similar (Zanetti 2004: 24), en que los escritores construyen vínculos simbólicos además de materiales. Si se consideran las apropiaciones de *La tempestad* en tanto huellas textuales de lazos efectivos que sus creadores tienden para fortalecer formaciones transnacionales, tanto la literatura caribeña como la latinoamericana devienen un *proceso* expandido por escritores, críticos e intelectuales a través del tramado simbólico de los tropos shakespearianos.

En efecto, a partir del ensayo *Ariel* (1900) de Rodó, el cual constituyó un claro fenómeno coaligante en Hispanoamérica, se ha sucedido una larga cadena de apropiaciones de *La tempestad* que ha respondido cada vez menos a Shakespeare y cada vez más a las tra(d)iciones internas. Algo similar ocurrirá en la literatura caribeña —

desde los comienzos de George Lamming en 1960—,⁶ y será el *Calibán* de Fernández Retamar el que, afiliándose con ambas tradiciones, religará las *tempestades* caribeñas con las figuraciones anteriores del Modernismo. Aun cuando los escritores antillanos descentren otros modelos metropolitanos (por ejemplo, la *Psychologie de la colonisation* de O. Mannoni, como lo hace Césaire en la senda de Frantz Fanon), estableciendo afiliaciones diversas (la Negritud en especial), el perspectivismo local y la actitud religadora devienen la continuidad del desvío, un factor determinante para leer las apropiaciones a lo largo del siglo dentro de un mismo impulso descolonizador.

No por azar, la lectura más integradora de Fernández Retamar se gesta —evocando los comienzos modernistas— en un nuevo momento de aglutinamiento supranacional, en torno del gran polo religador que constituyó La Habana al calor de la Revolución cubana, y cuando el latinoamericanismo se ha propuesto decididamente nuevos *comienzos*: la vinculación de Hispanoamérica con el resto del Caribe en otras lenguas. Desde entonces, *La tempestad* se asumió de modo cada vez más deliberado como *pre-texto* para debatir no solo la representación identitaria, sino una serie de problemas entre los que se destacan el de la autonomía y el compromiso del escritor y el papel social de la literatura —incluso, en los últimos años, el funcionamiento y las fronteras de la literatura latinoamericana y sus relaciones con la “literatura mundial”, como veremos, hacia el final, en los ensayos de Hugo Achugar—. Mientras las utopías del latinoamericanismo parecen no haber quedado en pie, la recurrencia de las figuras shakespearianas no hace más que constatar su carácter coaligante, reactivando la potencia del imaginario, articulando resistencias y estableciendo afiliaciones y desvíos.

Claves para comenzar

Antes de emprender nuestro recorrido por tres instancias cardinales en relación con las apropiaciones de *La tempestad* en América Latina y el Caribe, cabe precisar el sentido de ciertas palabras clave para la lectura integradora que propongo.

Entre estas, cobra particular relevancia la noción de *religación*, que constituye un aporte de la crítica latinoamericana desde los planteos de Ángel Rama y Antonio Cândido en *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) y el posterior estudio de Susana Zanetti de los “fenómenos de religación” durante el período 1880-1916. Allí la autora analiza “los lazos efectivos condensados de muy diversos modos a lo largo de la historia, más allá de las fronteras nacionales y de sus propios centros, atendiendo a un entramado que privilegia ciertas metrópolis, determinados textos y figuras, que operan como parámetros globalizantes, como agentes de integración” (1994: 492). El enfoque continúa la propuesta de Cândido de analizar “coalescencias” y “momentos de aglutinamiento” supranacionales derivados de condiciones comunicantes como el contacto personal, la correspondencia o la presencia de escritores en ciertas metrópolis: *polos de religación* externos —Madrid, París, Nueva York— o internos —Buenos Aires, México, La Habana—, la función de revistas y editoriales, congresos y coloquios, e incluso el impacto de las revoluciones (la mexicana, la cubana) o proyectos colectivos como el que nucleara a los propios investigadores en Campinas (Pizarro 1985: 64 y ss.). En la misma senda, y con una inquietud similar por una crítica integradora de las producciones latinoamericanas y caribeñas, la cubana Margarita Mateo Palmer (1990) ha destacado a su vez la importancia de indagar, en los textos, homologías, analogías, paralelismos y filiaciones que incluyen la influencia de las traducciones,

las referencias literarias que los autores realizan (alusiones, polémicas, imitaciones, parodias) y las interpretaciones mutuas que realizan.

Como se deduce de este panorama, la *reiligación* despunta como una noción cercana a la de *red intelectual* que en las últimas décadas ha sido crecientemente aplicada a la historia cultural y a la historia de las ideas, aunque su productividad para la crítica literaria deviene, a mi juicio, proporcional a su distinción respecto de la categoría más sociológica de red.⁷ Al respecto, la introducción de Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo al libro colectivo *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina* (2009) ensaya una aproximación teórica cuando reconoce un antecedente de la noción de *red cultural* en aquella de *reiligación*, pero no alcanza luego a diferenciar de modo preciso ambos conceptos. No obstante, cabe retener su idea de que la *reiligación* “alude al resto material dejado por las redes, su huella en la letra escrita que son los nudos donde los vínculos literarios quedan impresos” (2009: 38).

Particularmente útil, en el mismo volumen, es el aporte de Claudia Gilman, quien especifica que la *red* refiere a los agrupamientos y “estructuras de sociabilidad” de los intelectuales. Siguiendo a Zygmunt Bauman, Gilman subraya que la categoría del intelectual se declina necesariamente en plural porque supone siempre algún tipo de asociación, que es deliberada; de allí la conformación de grupos donde se desarrolla la sociabilidad intelectual (favorecida por espacios como los cafés, los salones, las revistas, pero también el mercado literario, el partido político, la bohemia), aunque el intercambio no requiera de un contacto directo. La *red* refiere entonces a la retícula de ese *campo intermedio* entre la familia y la comunidad de pertenencia cívica (Aguilhon) —lo que probablemente Raymond Williams llamaría *formación*—⁸ “donde se tejen lugares alrededor de determinadas estructuras de

sociabilidad, que el lenguaje corriente ha confirmado con el nombre de ‘redes’” (Gilman 2009: 164-165).

El objeto de estudio de Gilman, a su vez, sirve de ejemplo para establecer las necesarias distinciones entre *religación* y *red* (y *formación*). La autora analiza las rivalidades entre los uruguayos Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, quienes, comenzando su carrera en torno a una misma *formación* —el semanario *Marcha*—, terminaron construyendo sistemas opuestos: Rama, lo que podríamos denominar la red latinoamericanista de izquierda, cercana a Cuba (considerada la tendencia hegemónica del latinoamericanismo), y Rodríguez Monegal, una red tramada por fuera de esta, sobre todo, a través de la revista *Mundo Nuevo* (1966-1968) y el contacto con la academia norteamericana. Estas cuestiones, que serán tratadas en el capítulo sobre el *Calibán* de Fernández Retamar, señalan que puede efectuarse la religación a través de redes diferentes y hasta en conflicto, pero mancomunadas en la creación de un espacio imaginativo común y una tradición cultural compartida. Bajo las disputas sobre la tradición misma (el sentido, las afiliaciones, las funciones) de la literatura latinoamericana, tanto en la producción crítica de Rama y de Rodríguez Monegal como en los debates generados por sus redes, yace un mismo afán latinoamericanista (e internacionalista) que, rechazando todo provincianismo, atiende a la condición transnacional del sistema, atravesado por migraciones y exilios.

Es esa perspectiva la que define la religación que también puede observarse a través de una lectura integrada de los textos que aquí abordaré (y de las redes que impulsan o en que se inscriben), de manera no solo sincrónica, sino fundamentalmente diacrónica. De allí que mi recorrido no se pretenda como un relevamiento exhaustivo de las apropiaciones de *La tempestad* en Latinoamérica y el Caribe, sino como una vía selectiva para analizar los fenómenos de religación en su diacronía. Así, pues, será

fundamental la puesta en diálogo con otros textos que hagan visible la lectura mutua, explícita o implícita, que los escritores realizan entre sí (su voluntad de vinculación), ya que, retomando la advertencia de Bloom, el estudio de las *influencias* no se reduce al rastreo de fuentes ni a la historia de las ideas, sino que comprende también las trayectorias y las biografías intelectuales de los escritores.

En este sentido, las propuestas de Said de atender a la *carrera* (*Beginnings*, 1975) y la *afiliación* de los escritores y de recrear las *redes afiliativas* (*El mundo, el texto y el crítico*, 1983) se vuelven centrales, en tanto hacen visibles las conexiones entre texto, autor, sociedad y cultura (entendida como campo de luchas); y especialmente relevante es la idea de Said de reconstruir históricamente el problema de los *comienzos*. Se trata nuevamente de la autorización del texto, ya que, como Said plantea, las posibilidades y circunstancias de la producción textual obtienen su autoridad precisamente *en virtud de la afiliación*, “esa red implícita de asociaciones peculiarmente culturales entre, por una parte, formas, afirmaciones y otras elaboraciones estéticas y, por otra, instituciones, agencias, clases sociales y fuerzas sociales amorfas” (2004 [1983]: 238). Esto conlleva atender a las particularidades del texto literario y a las relaciones establecidas entre las *biografías intelectuales* y la *carrera* de los escritores del modo en que la entiende Said, como “el propio curso de la escritura” creado por el autor junto con su obra (2004: 227), que implican la autolegitimación y la construcción de una figura de escritor.

En este marco, en *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición* (2006), Arcadio Díaz Quiñones amplía el potencial de la categoría de *beginnings* al incorporar, junto con la noción de comienzos, su traducción por *principios*, comprendiendo normas y reglas (con connotaciones éticas) y fundamentos. Díaz Quiñones llama la atención, además, sobre aquellos procedimientos de la

escritura moderna relacionados con los comienzos como el uso del íncipit, de las genealogías, cronologías y periodizaciones (2006: 40-46), los cuales sirven a la *invención* de una tradición, según la conocida fórmula de Hobsbawm (Hobsbawm y Ranger 1983).

Si la *religación* se sostiene en las *afiliaciones* (o *redes afiliativas*), es decir, en la alineación con ciertos valores y sistemas de creencias, en posturas ideológicas construidas a través y a partir de los textos, deberá entenderse también como parte del proceso de una tradición selectiva que entraña la negociación de significados culturales y las luchas por lo hegemónico. Siguiendo a Williams, se intentará leer en las apropiaciones de *La tempestad* no solo los aspectos residuales o dominantes manifiestos, sino aquellas *estructuras de sentimiento*⁹ que han sido a menudo desestimadas en las lecturas estrechamente identitarias de las obras y que están constituidas por “lazos particulares, énfasis particulares y supresiones, y en lo que suelen ser sus formas más reconocidas, puntos de partida y conclusiones particulares” (1977: 134).

Está claro que el esquema tripartito de afiliación de Said debe mucho a la propuesta también tripartita de Williams de pensar lo hegemónico a partir de la interrelación entre lo emergente, lo dominante y lo residual. Según Said, ante la *filiación* fallida se pasa a una nueva forma de relación —el sistema de la *afiliación*—, pero “el objetivo deliberadamente explícito de utilizar ese nuevo orden para reinstaurar los vestigios del tipo de autoridad que en el pasado estaba asociada al orden filiativo” es la tercera parte del modelo, “la autoridad reestablecida” (Said 2004: 34). No obstante, aquí Said recupera la idea de Williams de que, por dominante que sea el sistema cultural, “no puede agotar toda la experiencia social, la cual, por tanto, siempre deja sitio potencialmente para *acciones o intenciones alternativas* que todavía no están articuladas como